



W
28
(9005)

Documento de Trabajo

9 0 0 5

**FUENTES, TRADUCCIONES Y BIBLIOGRAFIA
EN HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO**

Carlos Rodríguez Braun



Esta publicación de Documentos de Trabajo pretende ser cauce de expresión y comunicación de los resultados de los proyectos de investigación que se llevan a cabo en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid. No obstante, la publicación está abierta a investigadores de otras instituciones que deseen difundir sus trabajos en ella.

Los Documentos de Trabajo se distribuyen gratuitamente a las Universidades e Instituciones de Investigación que lo solicitan. Asimismo, las peticiones personales pueden ser atendidas en la medida en que se disponga de ejemplares en existencia.

Se ruega a las personas e instituciones interesadas en solicitar ejemplares que utilicen el boletín de pedido que figura seguidamente.

DOCUMENTOS DE TRABAJO	
<hr/>	
Boletín de Pedido.	
<hr/>	
Nombre de la persona o institución:	
.....	
Calle: nº	
Ciudad:Distrito Postal:.....País:	
<hr/>	
Solicita una suscripción permanente	<input type="checkbox"/>
(sólo Universidades e Instituciones de Investigación)	<input type="checkbox"/>
<hr/>	
Solicita los Documentos de Trabajo cuyos números se relacionan a continuación:	
<hr/>	
<hr/>	
<hr/>	
Enviar a:	
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales	
Universidad Complutense de Madrid	
Vicedecano	
Campus de Somosaguas. 28023 MADRID. ESPAÑA.	
<hr/>	

FUENTES, TRADUCCIONES Y BIBLIOGRAFIA EN HISTORIA DEL

PENSAMIENTO ECONOMICO

Carlos Rodríguez Braun

Agradezco la generosa invitación de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Málaga para hablar hoy indirectamente del trabajo en historia del pensamiento económico, y directamente de las condiciones de dicho trabajo. Fuentes, traducciones y bibliografías son, por supuesto, tareas de historiadores -algunos de los aquí presentes nos hemos dedicado con entusiasmo a ellas-, pero son esencialmente algo que permite a los historiadores trabajar más fácilmente.

Permítanme empezar no con una historia sino con una historieta. Creo recordar una viñeta de Mafalda: la niña argentina coge a su padre de la mano y lo sienta en un sofá, le trae tabaco, le coloca cerca una jarra de agua y un vaso. Todo ello en silencio. Finalmente, y con la consiguiente expresión desencajada de su padre, le pregunta: papá ¿qué es la filosofía?

Pues bien, yo tengo ante el título de mi ponencia la misma sensación de zozobra y desconcierto que el padre de Mafalda. Para un historiador del pensamiento

económico, al menos para este modesto economista, hablar así en general de "fuentes, traducciones y bibliografía", es sencillamente hablar del infinito. Tengo el honor de compartir con varios amigos aquí presentes la afición por Borges, que sí pudo hablar con soltura sobre el infinito o la eternidad. Pero lo malo, a los efectos de mi conferencia, es que no soy Borges.

Con esta advertencia preliminar, ya puedo abordar mi ponencia con un poco menos de complejo de culpa.

Fuentes

La historia del pensamiento económico no es una disciplina central en ninguna facultad de ciencias económicas del mundo, pero sí ha crecido notablemente en las últimas décadas, cuenta con un apartado específico en la clasificación del Journal of Economic Literature, una publicación de primerísima línea internacional, History of Political Economy, y una detallada bibliografía por escuelas e individuos en esa mina de oro para investigadores que es el Index of Economic Articles de la Asociación Americana de Economía. Hay registros, catálogos, bibliografías, etc. Hoy en día, para la mayor parte de los temas, es difícil que una investigación sobre historia del pensamiento económico sea obstruida por falta de fuentes. Nos faltarán nivel teórico, ganas, tiempo o dinero, pero no fuentes.

Un investigador español de esta disciplina puede realizar un 80 por ciento de su trabajo sin moverse de nuestro país. En algunos casos, como mi tesis doctoral, sin moverse de Madrid. Y digo el 80 por ciento y no el 100 por ciento porque en mi caso particular la investigación requería el trabajo con manuscritos -que sólo están en el University College de Londres- y versaba sobre el periodo clásico, y sobre el mismo hay muchos libros y artículos que son inasequibles en nuestro país. Si hubiera hecho una tesis sobre un economista español o un economista extranjero del siglo veinte, el porcentaje de fuentes disponibles en España habría sido, con toda seguridad, muy cercano al 100. Sobre los campos de investigación diré algo más enseguida.

Sobre el acceso a las fuentes no puedo dejar de mencionar tesoros fantásticos y en extremo infrautilizados, como la Kress Library microfilmada en el Banco de España, y tampoco el esfuerzo realizado por muchas bibliotecas. Destaco el de mi Facultad en la Complutense, que tiene arbitrado un mecanismo bastante eficiente mediante el cual he podido conseguir artículos muy remotos (como el de Hilferding sobre Richard Jones) en un tiempo razonable -digamos, unos tres o cuatro meses. (Antes de empezar a viajar a Londres con cierta frecuencia, cuando debía terminar mi libro, recuerdo que conseguí unos artículos imposibles de una revista imposible, Economic History -inexistente en España-

poniéndome en contacto directamente con la Marshall Library de Cambridge. Mr. Finkell, el bibliotecario, me enviaba las fotocopias de los artículos y yo, qué cosa más primitiva, le mandaba por correo billetes de cinco libras, bien envueltos en papel de la Facultad...).

Hasta ahora estoy suponiendo que aquellos estudiantes o profesores de historia del pensamiento económico conocen idiomas extranjeros, principalmente el inglés, que es el nuevo latín. Es un supuesto muy fuerte, como sabemos, y lo voy a ir abandonando, en especial en la parte final de mi conferencia.

Lo único que puedo apuntar sobre las fuentes, y con el ánimo de provocar al respetable, es una nota sobre la importancia de la investigación del pensamiento económico español.

El profesor Jesús González y yo estamos preparando una ponencia para una mesa redonda de la Società degli storici dell'economia, que tendrá lugar en Turín a mediados de noviembre. Hablaremos sobre la evolución reciente de la historiografía del pensamiento económico en España.

Un punto que destacaremos y que resumo aquí en dos palabras es el enorme peso que entre los profesionales españoles de la historia de la economía tienen sus compatriotas. Buena parte del tiempo disponible de nuestros especialistas en la materia se invierte con mayor o menor empeño en desvelar el pensamiento económico de otros españoles.

Frente a esa "selección" de fuentes, me permito formular tres objeciones: que así aprendemos poca economía, que no se hace afuera y que está internacionalmente devaluado.

Debemos ser primero economistas y después historiadores -por eso la disciplina es muy difícil, aunque, para su desgracia, no lo parece. Y como tenemos que ser economistas no podemos pasar por alto que se aprende más economía de los buenos economistas que de los malos. Sería bonito un ejercicio de conjetura ahistórica: ¿qué pensarían de todo esto los sujetos, incluso los más grandes, Campomanes, Jovellanos? ¿aplaudirían nuestros desvelos o nos recomendarían que les hiciéramos menos caso a ellos y más a Adam Smith?

No se hace afuera de España. Cualquiera que esté al tanto de la labor de nuestros colegas de otros países sabe que el frenesí doméstico hispano carece de analogías

internacionales.

En Japón -qué país, mon Dieu- no sólo hay una asociación de historia del pensamiento económico: hay varias. Pues bien, el énfasis de los japoneses con relación a sus economistas es mínimo. En sus congresos locales los papers sobre economistas japoneses son escasos. En España ocurre exactamente lo opuesto. Franceses e italianos, por ejemplo, atienden bastante a sus economistas, pero habrá que admitir que cuentan con figuras sin paralelo en el panorama ibérico.

El tercer aspecto grave es que la historia del pensamiento económico español está gravemente devaluada a nivel internacional y nuestro trabajo sobre el mismo no parece haber encontrado eco más allá de nuestras fronteras.

Aquí tenemos un desafío que no podemos eludir. Hace tres o cuatro décadas había especialistas de primera fila que colocaron al pensamiento económico español en un lugar privilegiado. Schumpeter para empezar, pero también otros, como Hamilton o Robert Sidney Smith o nuestra anfitriona y amiga Marjorie Grice-Hutchinson. ¿Qué pasa hoy? Miremos a los grandes divulga-dores: Blaug, Barber, O'Brien, Hollander, Hutchison, Spengler, Sowell, el mismo Napoleoni. ¿Quién se ocupa de los economistas españoles? (Noto un interés creciente de los cristiano-austriacos -Michael Novak y otros- en la escuela de Salamanca, probablemente por motivos más

ideológicos que académicos, por la atractiva mezcla de mercado + religión que presentan algunos ilustres salmantinos.)

Una consecuencia deplorable de todo esto se deduce de la revisión de la gran revista de nuestra disciplina, History of Political Economy. Se ve allí que, primero, la importancia del pensamiento español es mínima y, segundo y más grave, los artículos que allí se publican sobre nuestros economistas suelen ser flojos. (Recuerdo una nota sobre el plagio del Discurso de Campomanes, que no hacía más que glosar la labor de los investigadores españoles que descubrieron el affaire Rubín de Celis.)

En suma, la selección de "fuentes" que hemos hecho está llena de problemas y no parece que hayamos dado los pasos necesarios para empezar a resolverlos.

Bibliografía

Voy a eludir el tema de la bibliografía en general. Quiero más bien comentar brevemente la posición en que se encontraría un investigador español hoy si deseara estudiar nuestra asignatura. Al hablar de un investigador español quiero significar una persona con dominio virtualmente único del idioma español y doy, por tanto, un paso más hacia el tema de las traducciones.

De resultas del énfasis vernáculo, ya señalado, la bibliografía existente sobre economistas españoles es hoy bastante abundante, como lo revelan especialistas en la materia, como Rafael Anes o Salvador Almenar.

Para hablar de mi continente natal, hay algunos trabajos de pensamiento económico iberoamericano, que debemos a Popescu, Chiaramonte y otros. Pero nos falta mucho todavía, en especial del siglo veinte. Sería interesante que el ICI financiase la edición por un independiente (no un hagiógrafo) de los escritos de Prebisch -que permitirían comprobar que, como Jevons, gozó el genio de joven, no de mayor, donde tuvo en cambio, en desigual trueque, la fama.

Por razones ideológicas, la bibliografía sobre el marxismo es más que abundante.

Los mejores libros de texto sobre nuestra asignatura están disponibles: Blaug, Hutchison, Spengler y Allen, Recktenwald, Schumpeter, Sowell, Robbins, y en estos días el O'Brien -los hay también más antiguos, como los dos preciosos manuales de Cannan. En el Apéndice 1 puede verse la lista de textos que recomendamos a los alumnos de Historia de las Doctrinas Económicas en la Complutense, en Quinto Curso de Economía General.

Los especialistas lamentamos, pero sólo los

especialistas, la falta de la traducción de numerosos artículos y de dos libros soberbios: la Theory of Prices de Arthur Marget y los Studies de Jacob Viner. Todos habríamos salido ganando si se hubiesen hecho menos ediciones de la Historia Crítica de las Teorías de la Plusvalía de Marx y alguna de Marget o Viner.

¿Y en cuanto a originales? Aquí la situación es doblemente grave: debería, en efecto, afligirnos tanto las ausencias como las añoranzas. Tocaré el tema más en detalle al hablar de las traducciones, pero puedo marcar ciertas lagunas ahora. Deberíamos volver a editar los clásicos, de los que tenemos traducciones antiguas, como Say y Turgot. Aprovecho para dar una primicia: parece que por fin Unión Editorial va a publicar el Traité de Say, aunque en facsímil de una de las múltiples traducciones realizadas en la primera mitad del siglo diecinueve, y la Theory de Jevons, en traducción hecha por mi amigo y antiguo alumno Juan Antonio Pérez Campanero -a veces me he quejado de la demora del Instituto de Estudios Fiscales en publicar nuestros textos, como lo testimonia el caso de Vicente Llombart y su Campomanes patagónico (¿sabían Vds. que esas Reflexiones de Campomanes versan en buena parte sobre la Patagonia, la tierra de mis abuelos? Espero que si algún día trasladan la capital Argentina a Viedma, una avenida principal se llame Campomanes); pero esa queja debería hacerse extensiva al sector privado también. Juan Pérez Campanero entregó la

traducción de Jevons, se fue a estudiar a Chicago y ha tenido tiempo de conseguir el Doctorado en Economía por esa difícil Universidad antes ver publicado su trabajo...

Traducciones

Lo que falta en nuestra asignatura es tan flagrante que uno no sabe por dónde empezar. Dicen que estamos padeciendo una ola liberal. Pues bien, será una ola de espuma, nada más, porque aquí hay mucho liberalismo pero todavía, a estas alturas, no tenemos una traducción completa de la Teoría de los sentimientos morales.

Dicen que los socialistas pretenden reverdecir los laureles keynesianos. Serán laureles de plástico, porque aquí hay mucho keynesianismo pero todavía no existe una traducción del Treatise on money -sí hemos tenido recientemente a los Ensayos de persuasión, debidos a mi amigo Jordi Pascual, y doy la primicia de que de mi débil pluma el Fondo de Cultura Económica publicará la traducción del Tract on Monetary Reform. (Paréntesis para traductores: ¿cómo se traduce Tract? No me he atrevido con "opúsculo" y finalmente opté por Breve tratado sobre la reforma monetaria. Se admiten sugerencias.)

A pesar del empuje de la disciplina, ya comentado, hay quien tiene la amarga sensación de que en lo

que a traducciones de nuestra discipula se refiere, todo tiempo pasado fue mejor. (Al revés de lo que pensaba don Jorge Manrique en sus coplas que son, junto con la calavera del monólogo de Hamlet, las dos confusiones más importantes de la literatura mundial.)

Veamos lo de las traducciones. ¿No les da a Vds. la impresión de que había un ritmo de traducciones más animado antes que ahora? Pensemos en la labor de Aguilar o del Fondo de Cultura, pensemos incluso mucho antes, en la época de los ilustrados.

Hagamos un poco de historia.

No descubro América si digo que el progreso de cualquier comunidad científica (y las traducciones son parte de dicho progreso) será tanto más intenso cuanto más fluidas sean sus relaciones con los centros internacionales de la ciencia y cuanto mejor capital humano tenga.

España es un buen ejemplo de relaciones poco fluidas con el exterior y de mandobles brutales sobre el capital humano del país. Y que conste que no soy de los que se regodean en la crítica de nuestros intelectuales: un historiador de la ciencia que no sienta afecto por los científicos, mala cosa. Y podría sostenerse que en España e Iberoamérica, dadas las terribles circunstancias de nuestros

países, no lo hemos hecho del todo mal.

En el caso de las traducciones, tuvimos dificultades desde el principio. La contrarreforma supuso un desplazamiento de los centros científicos del Mediterráneo hacia el oeste, en particular Holanda e Inglaterra, con el añadido muy importante de que los autores abandonaron el latín, al que se asociaba con la Iglesia Católica, y empezaron a escribir en las lenguas vernáculas. Es interesante recordar que los escritos de los mercantilistas -Mun, Petty- no fueron redactados en latín sino en inglés. España se encontró así doblemente alejada del pensamiento económico -barreras religioso-políticas (Inquisición) y barreras idiomáticas (el inglés es una lengua más lejana para nosotros que el italiano o el francés, o el propio latín).

La barrera idiomática es destacable porque, como ha apuntado John Reeder en sus trabajos sobre las traducciones en el siglo dieciocho, las clases cultas españolas manejaban fluidamente el francés -y no tenían muchas dificultades con el italiano, debido a su formación latina. Pero con el inglés era distinto.

Los lazos con el exterior se refuerzan en el periodo borbónico. Tenemos economistas viajeros (Uztáriz) o ilustrados impulsores de la ciencia económica, como Campomanes, que mandó traducir numerosas obras vinculadas con

temas económicos, en especial de técnica agrícola.

(Entre paréntesis, así como el bajo nivel teórico de nuestros economistas es muchas veces puesto de manifiesto -especialmente por nuestros especialistas más jóvenes y con menos paciencia- en no pocas ocasiones se escatiman los elogios hacia quienes han realizado una impresionante labor de apoyo a la investigación económica, la docencia, el periodismo y la divulgación de la economía más allá de los círculos profesionales. Y la historia no termina en los ilustrados del dieciocho, por supuesto. Pensemos en Fuentes Quintana en el Instituto de Estudios Fiscales y en las Cajas de Ahorro, o Rojo en el Banco de España o Segura en la Fundación Empresa Pública o Velarde en la Facultad y el ABC y otras publicaciones periódicas. Espero que se me permita añadir a los colaboradores de la renacida España Económica. La tarea divulgadora ha sido permanente y muy digna de encomio.)

Volvamos al pasado. Del catálogo de traducciones de John Reeder se observa que los españoles tuvieron en el siglo XVIII la oportunidad de contar con traducciones de economistas fundamentales, como Cantillon, Smith, Turgot, Hume y Quesnay, y otros de menor relieve técnico pero de gran influencia como Mirabeau, Raynal, Condorcet, Forbonnais, Galiani, Condillac, Davenant, Filangieri, Genovesi, Necker, Raynal, Melon. No está mal, creo yo.

Finalmente cae el Antiguo Régimen. Se descarga un tremendo golpe sobre el capital humano español: los afrancesados y los liberales, obligados a abandonar el país en el lapso de pocos años.

En esa situación hallaremos la explicación de esa devaluación científica española del siglo diecinueve, que han puesto de manifiesto los especialistas, de Lucas Beltrán y Fabián Estapé para abajo. Una devaluación que se marca especialmente en la segunda mitad del siglo pero que, en todo caso, permite que en España, como ha mostrado Francisco Cabrillo, aparezcan traducciones de Cantillon, Jevons, List, Malthus, McCulloch, James Mill, Say, Sismondi, Turgot, Babbage, Bastiat, Bentham, Destutt de Tracy y otros. Lo que tampoco está mal del todo.

Llega el siglo veinte y España sufre una nueva herida en su capital humano y un nuevo aflojamiento de los lazos con la comunidad científica internacional. Sin embargo, desde la Guerra Civil hasta hoy, lentamente al principio, pero a grandes zancadas después, esos dos elementos -la acumulación del capital humano y la integración con la comunidad académica mundial- se encarrilan por la buena senda.

La economía es un capítulo más de esta historia, con peculiaridades, como fue la presencia de Stackelberg en

los años 1940, una figura conectada con los centros de pensamiento extranjeros. A ello se unió el empuje de la generación joven de la posguerra que tenía, en palabras de Julián Marías, el inmenso entusiasmo de los que se ven obligados a partir desde cero.

En ese ambiente de los economistas españoles del siglo veinte, tan bien pintado por el profesor Velarde, se registra una verdadera explosión de traducciones -testigo fiel de cómo se iban arreglando los dos problemas ya mencionados. Y se traduce a todo el mundo. No quiero abrumar con nombres, pero para mencionar sólo a los grandes: Böhm Bawerk, Cantillon, Cournot, Hayek, Hicks, Keynes, Malthus, Marshall, Marx, Menger, Mill hijo, Mises, Pareto, Ricardo, Schumpeter, Smith, Walras y Wicksell. Y con ellos, cientos de otros, manuales, libros de texto que ya he apuntado y numerosos artículos sobre nuestra disciplina. También se traducen artículos en Revista de Economía Política, Información Comercial Española, Hacienda Pública Española, Cuadernos de de ICE y otras.

En las traducciones, además, tienen peso los economistas profesionales y los historiadores, lo que remite a la labor divulgativa antes mencionada. Pensemos en Andrés, Rojo, Fuentes, Schwartz, Tortella, Segura, Jordi Pascual y quien les habla. (No pierdo las esperanzas de convertirme en ministro, puesto que no pocos traductores han hecho una

interesante carrera política. Aparte de los que ya he apuntado, y para limitarme sólo a mis tocayos, recuerdo a Carlos Bustelo, que tradujo a Paul Sweezy, nada menos, y a Carlos Solchaga, que hizo lo propio con Hicks.)

La explosión de traducciones obliga a hablar de un side-effect tremendamente positivo de la Guerra Civil, que fue la emigración de innumerables españoles ilustres a Iberoamérica. Esa aportación de capital humano dará un notable impulso editorial en Argentina, Venezuela y muy particularmente México, con la enorme labor llevada a cabo por el Fondo de Cultura -de la veintena de autores que enumeré antes, la mitad fueron traducidos y publicados por el FCE.

En suma, aquí parece que también hay razones para el contento y la satisfacción. No estamos mal del todo. Y no parece cierto que todo tiempo pasado haya sido mejor.

Sin embargo, quedan dos preguntas de diagnóstico:

(1) ¿Tenemos todo lo que necesitamos en materia de traducciones?

(2) ¿Lo que tenemos es bueno?

Y si cualquiera de estas dos preguntas recibe como respuesta un NO, entonces se plantea un tercer interrogante, esta vez de corte leninista:

(3) ¿qué hacer?

Es obvio que las dos primeras preguntas no tienen una respuesta positiva. De la primera ya he hecho algún comentario antes. Definitivamente no tenemos todo lo que necesitamos, incluso entendiendo "tener" por "disponer en bibliotecas" y no "comprar", en cuyo caso la oferta es lastimosamente escuálida. Para dar una idea, incluyo como Apéndice 2 el proyecto de un libro que estamos preparando con Julio Segura. Servirá de ilustración sobre la escasez de traducciones al español de obras enormemente útiles para trabajar en historia del pensamiento económico.

En cuanto a la calidad de las traducciones, aquí sí puede afirmarse que la explosión del siglo veinte pagó el coste de una menor calidad. He publicado dos notas en Investigaciones Económicas sobre Ricardo y Keynes que lo demuestran fehacientemente. Pero son sólo dos ejemplos, y podríamos citar una legión. (Por cierto, es injusto hablar de las malas traducciones como "sudamericanas". Aquí España e Iberoamérica han confraternizado íntimamente...).

Se impone la tercera pregunta, entonces: ¿Qué

hacer?

En nuestro siglo no ha ocurrido como en el dieciocho o diecinueve, con traductores que padecieron presiones políticas o eclesiásticas. Ocurrió que la oferta de traducciones superó a los economistas que podían controlarlas o supervisarlas. Entonces apareció una legión de traductores no economistas que empezaron a triturar y criptografiar a diestro y siniestro. (Unamuno tradujo un libro de historia del pensamiento económico, el de Ingram. ¿Hay paralelos posteriores?)

Algunos creen que no hay que hacer nada; sólo confiar en la traducción de los buenos manuales. Para todo lo demás, hay que sentarse a esperar que los anglohablantes aumenten -cosa que tarde o temprano sucederá.

Es una postura que tiene sentido, sin duda, aunque no la comparto. La verdad es que ni nuestros estudiantes ni nuestros profesores manejan idiomas extranjeros en un grado suficiente. Pero sea como fuera, si vamos a traducir, entonces no dejemos a los traductores solos, please.

Sería deseable que los economistas nos

volcásemos más en el cuidado de las traducciones. Por supuesto, se me dirá que un buen profesional, que sepa escribir, que sepa economía y que sepa idiomas, tendrá numerosas ofertas de trabajo. Para una persona así, y dados los absurdos honorarios que se pagan a los traductores, el coste de oportunidad de traducir resultará literalmente abrumador. Pero tengamos en cuenta que si no hacemos nada, dejamos el campo abierto a los traductores profesionales, licenciados en letras en el mejor de los casos, que aceptarán cobrar una miseria, pero que traducirán el real balance effect de Patinkin como "efecto de la balanza real"...

Sí la traducción no es objeto de análisis, es mal paga y no tiene jerarquía académica, entonces seguiremos en este tema como en tantas otras áreas de la vida académica española, es decir, abandonaremos buena parte del trabajo al albur del impulso vocacional de los profesores. Permitaseme poner un ejemplo personal.

Ahora bien, si los economistas e historiadores del pensamiento económico no llevamos la cuestión de primera mano, si deberíamos ocuparnos en vigilar las traducciones, controlar la calidad de lo que se publica y denunciar incansablemente los atropellos ominosos que sufre nuestra disciplina.

Los interesantes trabajos de Kenneth Carpenter,

un profesional de la bibliografía, curator de la Kress Library de Harvard, mencionan una serie de dificultades a la hora de compilar un catálogo de traducciones, pero elude -porque sostiene que tal labor es imposible- un catálogo que suponga la compulsión, página por página, entre original y traducción o traducciones.

Resulta llamativo, porque una larga experiencia de los historiadores del pensamiento económico en España demuestra que eso es precisamente lo que necesitamos! Un proyecto con el que soñamos Francisco Cabrillo y quien esto escribe es un catálogo parecido, con idea de hacer una selección muy estricta de las grandes obras de pensamiento económico, digamos, entre Smith y Keynes.

Para volver a don Jorge Manrique, el desafío es lograr que la validez de sus coplas aumente. Se trata de que en las traducciones, también, lo mejor no sea cualquier tiempo pasado, sino futuro.

Muchas gracias.

Conferencia pronunciada en los Cursos Abiertos de la Universidad de Málaga, 28 septiembre 1989.

Bibliografía

Francisco Cabrillo, "Traducciones al español de libros de economía política (1800-1880)", Moneda y Crédito, diciembre 1978.

Kenneth Carpenter y Fritz Redlich, "Research possibilities in the history of political economy through a bibliography of translations", History of Political Economy, 5, 1, primavera 1973.

Kenneth Carpenter, Dialogue in political economy; translations from and into German in the 18th century, Baker Library, Graduate School of Business Administration Harvard University, 1977.

Kenneth Carpenter, "The relationship between originals and translations", mimeog., sin fecha, pero posterior a los dos mencionados antes.

John Reeder, "Bibliografía de traducciones, al castellano y catalán, durante el siglo XVIII, de obras de pensamiento económico, Moneda y Crédito, septiembre 1973.

John Reeder, "Economía e ilustración en España: traducciones y traductores 1717-1800", Moneda y Crédito, diciembre 1978.

Carlos Rodríguez Braun, "Debilidades en la edición del Fondo de Cultura de los Principios de Ricardo", Investigaciones Económicas, No. 18, agosto 1982, págs. 202-209.

Carlos Rodríguez Braun, "Debilidades en la edición del Fondo de Cultura de la Teoría General de Keynes", Investigaciones Económicas, Vol. X, No. 2, mayo 1986, págs. 411-417.

Carlos Rodríguez Braun, "Debilidades en la edición de Alianza de los Elementos de Walras", en preparación.

Apéndice 1 - Bibliografía general tomada del Programa de Historia de las Doctrinas Económicas, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense.

A continuación se señalan las obras que mejor pueden orientar al alumno en su aproximación a la asignatura. todos estos libros están en castellano y se encuentran disponibles en la Biblioteca de la Facultad; virtualmente todos, también, están a la venta en librerías.

Nótese que sólo son citados manuales generales, que cubren periodos bastante amplios de la historia del pensamiento económico. La bibliografía específica para los autores en que libremente se especializarán los alumnos será indicada en las clases y los seminarios.

Un buen libro de texto es:

BLAUG, Mark, Teoría económica en retrospectiva, Fondo de Cultura Económica.

Dos libros sencillos, que abarcan toda la evolución de las ideas económicas son:

BELTRAN, Lucas, Historia de las doctrinas económicas, Teide.

SPIEGEL, H.W., El desarrollo del pensamiento económico, Omega.

Una obra magnífica, y clásica de esta asignatura, pero que por su desorganización no debe usarse como manual de estudio sino como libro de consulta es:

SCHUMPETER, J.A., Historia del análisis económico, Ariel.

Una buena selección de lecturas en:

SPENGLER, J.J. y ALLEN, W.R., El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall, Tecnos.

Para el periodo clásico se aconseja:

O'BRIEN, D.P., Los economistas clásicos, Alianza.

Para el periodo neoclásico es recomendable:

HUTCHISON, T.W., Historia del pensamiento económico, 1870-1929, Gredos.

Una revisión general de las teorías económicas del siglo actual en:

NAPOLEONI, C., El pensamiento económico en el siglo XX, Oikos-Tau.

Son muy recomendables las biografías de los economistas y los artículos incluidos en la voz "Pensamiento Económico" de:

Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, Aguilar.

Apéndice 2 - "Clásicos de la Teoría Económica". Proyecto de Julio Segura y Carlos Rodríguez Braun.

J.Anderson, Observations on the means of exciting a spirit of national industry (1777) [selección].

R.Auspitz y R.Lieben, Untersuchungen über die theorie des preisses (1889) [selección].

E.Barone, "Sulla 'Consumers rent' y 'Il ministro della produzione nello stato collettivista'", Giornale degli economisti, 1894 y 1908.

D.Bernoulli, Specimen theoriae novae de mensura sortis (1738).

J.Dupuit, "De la mesure de l'utilité des travaux publics" (1844).

F.Y.Edgeworth, Mathematical psychics (1881) [selección].

I.Fisher, The theory of interest (1930) [selección].

H.C.Fleeming Jenkin, The graphic representation of the laws of supply and demand, and other essays on politica economy, 1868-1884 (1932) [selección].

H.H.Gossen, Entwicklung (1826) [selección].

W.S.Jevons, "Notice of a general mathematical theory of political economy", British Association (1862).

M.Longfield, Lectures on political economy (1832) [selección; lecciones 6 á 11].

W.F.Lloyd, A lecture on the notion of value (1834).

A.Marshall, The pure theory of foreign trade. The pure theory of domestic values (1930).

C.Menger, "On the origin of money", Economic Journal, junio 1892.

J.S.Mill, Essays on some unsettled questions in political economy (1844) [selección: los ensayos sobre el comercio exterior y sobre la influencia del consumo en la producción].

Neumann, John von, "A model of general economic equilibrium", Review of Economic Studies (1945-6; original 1938).

W.Pareto, "Économie mathématique", Encyclopédie des sciences mathématiques pures et appliquées (1911).

W.Petty, escritos varios, [Treatise on taxes ?].

J.Rae, Statement of some new principles (1834) [selección;
Libro II, capítulos 1-11].

J.B.Say, Traité d'économie politique (1803 ó 1815) [capítulo
sobre las débouchés.].

N.W.Senior, Outline (1836) y otros escritos [selección:
renta; salarios; coste de obtener dinero].

H.Thornton, Paper credit (1902) [selección].

J.H. von Thünen, Der isolierte staat (1826) [selección].

R.Torrens, escritos varios [carta a Lord Melbourne; carta II
del Budget].

A.R.J.Turgot, Réflexions sur la formation et la distribution
des richesses (1766) [selección].

A.Wald, "On the unique non-negative solvability of the new
production equations" (doos partes, 1933-5).

L.Walras, "Principe d'une théorie mathématique de l'échange",
Journal des Economistes, 1874.

W.Whewell, On the mathematical exposition of some doctrines

of political economy (1829) [selección: páginas sobre Ricardol.

P.Wicksteed versus G.Bernard Shaw, controversia sobre la teoría marxista del valor, To-Day, octubre 1884 y enero y abril 1885.